

Juan Cruz Ruiz

Primeras personas



Una memoria personal y apasionante del mundo cultural de las últimas décadas. Por el ganador de los premios Canarias de Literatura, Benito Pérez Armas, Azorín de Novela y Nacional de Periodismo Cultural. «Entre los cristales rotos de mi memoria hay fulgores, estrellas con las que a veces alumbro y alivio los desastres y otras despedidas. Y con frecuencia acuden a ella, por su cuenta, algunos personajes y se instalan ahí». «La materia de la que está hecha mi memoria es mi manera de ver la realidad», dijo en una ocasión Juan Cruz Ruiz, figura puente entre distintas generaciones de escritores, artistas, editores y periodistas. Desde la experiencia vivida junto a algunos de los principales protagonistas de la cultura contemporánea, llena de anécdotas, de momentos únicos que forjaron amistades, en cada capítulo de este libro el autor ofrece la semblanza personal de uno de ellos, que ahonda en su personalidad íntima y dibuja también su alma, instantes de sus vidas y de sus sentimientos.

Índice de contenido

[Cubierta](#)

[Primeras personas](#)

[Dedicatoria](#)

[Citas](#)

[Algunas notas sobre este libro](#)

[Para empezar a escribir](#)

[Cristales rotos sobre todo esto](#)

[El silencio roto sobre Günter Grass](#)

[El gran hombre a la intemperie](#)

[Ute y Günter bailando](#)

[Zona de correspondencia: Doris Lessing](#)

[Peter Mayer canta con Chavela Vargas](#)

[Carlos Fuentes solo consigo mismo en un rincón del Palace](#)

[Zona de descanso: Patti Smith pide perdón en Estocolmo](#)

[Para entender a Jorge Semprún](#)

[Con Aramburu en Nueva York](#)

[Zona de canarios.\(I\): Manuel Padorno, los pies en el mar](#)

[Julio Llamazares escribe a la luz de la luna](#)

[Mario Benedetti en el territorio ajeno](#)

[Zona de catástrofe: Grossman mira en Jerusalén](#)

[Tomás Eloy Martínez rescata la luz que se apaga](#)

[Gabo, el mal despedido](#)

[Zona sagrada: en busca de la Maga](#)

[Carmen Balcells de todos los ángeles y demonios](#)

[Zona de canarios \(II\): Félix Francisco Casanova vuela sin ser visto](#)

[Mario Muchnik, bienvenido e inesperado](#)

[John Berger guarda silencio](#)

[Zona de extravío \(I\): naturaleza del grito](#)

[Juan Marsé: As time goes by](#)

[Zona de extravío \(II\): pánico en el vagón](#)

[Hortelano, Aldecoa, noticias y avisos de los inolvidables](#)

[Zona de extrañeza: la edad de Mafalda](#)

[Sergio Ramírez no se queda solo](#)

[Juan José Millás ordena el insomnio](#)

[Zona de memoria: mira esta fotografía](#)

[Necesidad de Antonio Muñoz Molina](#)

[Pamuk en Madrid cuando no era famoso](#)

[La memoria que mira escribir](#)

[Zona de poesía: Leonard que vestía de Lorca](#)

[Dulce Chacón: canción con otros](#)

[Ángel González. Un hombre dulce sorprendido por la noche](#)

[Zona de canarios \(III\): clase de Fernando Delgado](#)

[El reposo de Almudena Grandes](#)

[La edad inmóvil de Manuel Vicent](#)

[Vicente Verdú escribe en tecnicolor](#)

[Juan Cueto, que reinventó la curiosidad](#)

[Zona de Pavese: un amigo en agosto](#)

[Amaya Elezcano, esencia de editar](#)

[José Saramago ante los cristales rotos de Lisboa](#)

[El hombre que no alardea de ser Manuel Longares](#)

[Zona de Onetti riendo](#)

[Elvira Lindo cambia de voz](#)

[Un instante en los ojos de Ángeles Mastretta](#)

[Sergio Pitol. Raro. Clásico. Secreto](#)

[Zona de adioses: recuento de las últimas veces](#)

[Fernando Vallejo y David Antón. Devastación en La Condesa](#)

[Fernando Savater, las nubes y la velocidad de la luz](#)

[Marías contra los ruidos del mundo](#)

[Zona del sueño de Borges](#)

[Manuel Rivas parte el pan](#)

[Arturo Pérez-Reverte después de las batallas](#)

[Urgente rescate de Rafael Conte](#)

[Zona de música: Ricardo Piglia](#)

[Jorge Fernández Díaz, entre mamá y Marcial](#)

[Rosa Montero, la velocidad de la luz](#)

[Héctor Abad Faciolince, el niño asustado](#)

[Zona de asombro: Ingmar Bergman](#)

[Cees Nooteboom, el hombre que se fue de casa](#)

[Guillermo y Miriam en la isla de Gloucester Road](#)

[Susan Sontag contra todos](#)

[Zona mágica: J. K. Rowling](#)

[La Nena no quiere ser otra](#)

[Beatriz de Moura, enigma de la alegría](#)

[El oficio de ser Gonzalo Suárez](#)

[El joven Lledó ante el encerado](#)

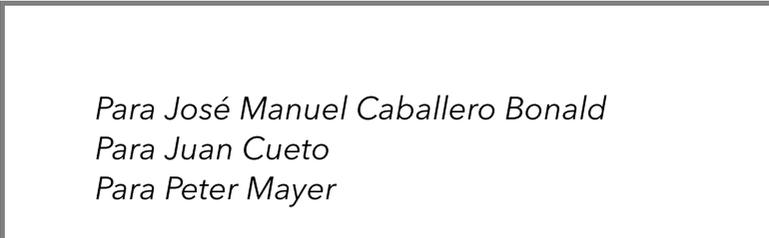
[Zona Steiner](#)

[Mario Vargas Llosa, la persistencia del miedo](#)

[Caballero Bonald, la sintaxis es un valor de la inteligencia](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre el autor](#)



Para José Manuel Caballero Bonald
Para Juan Cueto
Para Peter Mayer

También se cantará en los tiempos oscuros.

BERTOLT BRECHT

Tantas... tantas cosas inútiles que nadie rompe pero se rompieron.

PABLO NERUDA

La historia se construye con personas.

CEES NOOTEBOOM

Como no soy historiador, no me he ayudado de notas ni de libros y, de todos modos, el retrato que presento es el mío, con mis convicciones, mis vacilaciones, mis reiteraciones y mis lagunas, con mis verdades y mis mentiras, en una palabra: mi memoria.

LUIS BUÑUEL,
Mi último suspiro

Algunas notas sobre este libro

Todo retrato ajeno se corresponde con los cristales rotos que, juntos, compondrían una autobiografía igualmente fragmentada, herida o bella, pero al fin propia. Imposible de hacer sin los demás lo que al fin y al cabo es también un autorretrato. Uno se hace con otros; de los demás depende tu humor, tu ambición o tu nobleza. Tu mezquindad también es hija de los recuerdos, pero te corresponde a ti saber cómo controlar las perversiones que acaecen y nublan tu uso de la razón, de la amistad o del aprendizaje.

Aquí, en este libro, hay más de medio centenar de nombres propios que son imprescindibles para completar este autorretrato que se corresponde con lo que en mi memoria han dejado estos seres humanos que son primeras personas de mi vida. Aquí están muchos de aquellos que he conocido y que permanecen influyentes o imborrables en el recuerdo.

El libro es, también, una crónica general de la gente que he conocido, a la que se añaden amigos o parientes próximos, mis padres, algunos de mis compañeros. Casi siempre he usado, en exclusiva, mi memoria, lo que en ella se ha ido sedimentando de los demás. Pocas veces he recurrido a papeles o recortes: quería que el fresco fuera verdaderamente una purga de lo que recuerda el corazón.

Ese desorden natural que marca la memoria, que camina por los andares y los malandares que se le antojan, convierte muchos lugares de esta excursión personal por

el factor humano de la literatura en crónica, reportaje, perfil, retrato, abrazo o despedida. No encontrarán maldad (no me la toleraría), ni desdén (no lo siento). Mi vida se rige por una frase que le leí a Albert Camus en su primer libro, *El revés y el derecho*: «El sol que reinó sobre mi infancia me privó de todo resentimiento». Naturalmente, es una aspiración, pero aspiro a que sea verdad. De hecho, la mayor parte de los que aquí aparecen me han ayudado en esa tarea de cumplir lo que Camus ha convertido en un motivo para seguir la ya muy larga ruta de mi vida.

Para empezar a escribir

Cristales rotos sobre todo esto. De lo que recuerdo de mí sobresale la torpeza.

No sé juntar bien la basura, y no sé recoger los cristales rotos, excede a mi pobre eficacia para terminar las cosas, incluso las conversaciones o los libros, y estoy rodeado de miles de papeles, de cartas que fueron memorables y que ya no están ni siquiera en los antiguos arcones.

Mi madre comenzó esa tradición de perderlo todo, y la casualidad puesta en sus manos convirtió en polvo, para siempre, lo primero que escribí. Al fin y al cabo, para mí bastó con que lo leyera ella, tan a trompicones; mientras tanto, los dos aprendíamos a leer juntos.

Esa es la mejor memoria entre las que tengo: mi madre leyendo, sentada en una butaca chica de color azul claro, los codos sobre las rodillas, su pierna de color morado a causa de la úlcera, la nariz fruncida por el esfuerzo de descifrar, el delantal grisáceo, mi madre deletreando hasta darse cuenta de lo que quería decir la palabra entera, y leyendo de nuevo, para que yo me enterara de su descubrimiento, un texto que era a la vez una sorpresa y un cuento.

Todo era como un cuento. A veces levantaba la vista: «¿Esto será verdad, Juanillo?». No lo decía ella con la voz —ahora recuerdo su voz, quiero recordar su voz, la voz de mi madre dónde está—, no lo decía su voz, lo decía su frente, mirándome. ¿Será verdad o es un cuento? Fue incrédula hasta el fin, o casi. Hasta la tristeza final fue incrédula. Entonces ya no quiso saber de la vida, se encerró en el si-

lencio. Y qué palabra fue esa, el silencio, tan grande, con el tiempo tan agigantada.

Mi madre leyendo, una niña ante el mundo incomprendible, sabiendo de él gracias a las palabras que había en los periódicos. Vestida de negro, ese respunte gris de la rebeca, el color gris del delantal, la camisa blanca debajo de tanto negro, ella decía «los vivos blancos» a lo que sobresalía del luto. Las manos con manchas, ella no llegó a envejecer, ahora yo la supero ya en edad y en viajes: jamás salió de la isla. Mi madre leyendo, solo eso la llevó de viaje, la lectura. Nuestro alimento común, nuestro secreto argumento del saber. Y yo empecé a escribir: poemas, crónicas, cuentos. Una crónica de boxeo, por ejemplo. Y el principio de un ensayo que no terminé jamás, *Sobre la obra de Camus hay mucho sol*. Y poemas para Olivia, una vecina que nunca me quiso. La adolescencia era un cristal siempre al borde del abismo. La advertencia sobre el fin del mundo: ella no me quiere. Después todo es olvido, retales, cristales rotos, una ventana que no da a ninguna parte.

Luego mi madre fue juntando en un baúl, uno a uno, cada pedazo de lo que yo escribía en papeles casuales, detrás de las facturas, en las listas de la compra o en los contratos de los obreros que trabajaban con mi padre. Y cuando las ratas dieron fin a todo eso, como quien se come de un bocado la escritura, ella no dijo nada, acaso para que yo siguiera escribiendo, o para que supiera que escribir es volver a leer, porque todo se borra y a todo has de volver para hacerlo de nuevo, Penélope cansada mi madre por las tardes sin escuela. «¿Qué pasó con los papeles, madre?». «Estaba de pasar y pasó, ya escribirás otros». Y yo escribía, era un muchacho que escribía sobre un soporte de conglomerado de madera que olía a carpintería. «Estaba de pasar y pasó, ya escribirás otros». Y escribía, mi placer y mi dolor juntos; el adolescente no sa-

be esas palabras, pero las siente. La dureza de vivir: de eso no sabe tampoco, pero va subiendo, como el asma, un cansancio.

Por la noche se deshace la escritura: sobre la escritura cae al alba una tachadura, el día entero para rectificar. Luego has de volver a leerlo para que puedas volver a escribirlo. «A la tercera lectura –me dijo la maestra–, decide: si es que sí, guárdalo; si es que no, que se lo coman los ratones». «Ya se lo comieron, maestra». «Entonces es que no era que sí». Ella, la maestra, me tachó, de la primera redacción, una palabra, o dos: «Mal gusto». Ahora ignoro por qué. Hablaba de comerse un guayabo. El que no se lo come es que tiene mal gusto. Mal gusto. No le gustó.

Yo era un niño viendo leer a su madre. ¿Y ya no hay más? ¿Ya no dice nada más ese papel? Entonces era cuando ella inventaba. Yo me hice escuchándola leer. Y releer e inventar.

Luego vinieron amores e hice poemas, pero siempre tuve miedo de los cristales rotos. Yo no sé recoger los cristales rotos sin hacerme sangre.

Mi historia de aquel tiempo, del que hace ya tantas décadas, de modo que estoy ante las últimas, es en este sentido una crónica de la nada hecha pedazos, cristales rotos. Una invención, y luego la realidad, y la invención de nuevo, rompiendo siempre antiguos cristales. Para poder superar la realidad, mi madre inventaba, así que fue tachando e inventando a la vez, como quien cura heridas al tiempo que estas se producen.

Esa fue la primera historia que yo recuerdo: invención, realidad y olvido, y vuelta a empezar. Lo hacía magistralmente, como si lo inventado también estuviera escrito y ella lo leyera como si lo hiciera por primera vez. Una narradora eficaz contando aquella historia. Genoveva de Brabante: la oscuridad de las habitaciones, la soledad de los niños, la fragilidad como sustento del miedo. «De miedo no, madre». La leche y el hambre. El dolor. Ella lo conver-

tía en una historia sin final, «para que mañana no te acuerdes».

La que siguió no es una historia, sino una especie de balancín de relatos. En él, un niño, que era yo mismo, trata de reconstruir los pedazos de todos aquellos textos que ella me fue diciendo. Yo los escribí de otra manera, y con ellos mi madre siguió llenando baúles frágiles, viejos recipientes de los cuentos propios, los que ella contó, los que inventé yo mismo. Allí dentro estaban la realidad y los sueños.

Algunos no llegaron a estar, solo estaban en la mente de quien se dormía soñándolos. Se evaporaron un día, como cristales rotos, con el mismo ruido punzante. Ella vino a decírmelo: «Todo se lo han comido los ratones». Yo había sentido el ruido. Le mentí cuando declaré mi asombro. Fueron los primeros cristales rotos, los cuentos desaparecidos, hechos ya polvo y nada, en el fondo de baúles que también habían sido eliminados, eran tierra junto a las barricas de vino. Vacías. Ya en el sótano no quedaban ni los altramuces.

Tengo miedo, pues, de los cristales rotos, sé que soy vulnerable a su virulencia azarosa, y además generan en mí superstición, mal augurio, un pavor que no sé decir. Un cristal roto es como un fracaso de la casa. Una lástima personal, una herida en potencia, una bala de tiempo. Una errata en un libro en blanco. Un baúl vacío y ya inservible.

Últimamente se han roto muchos cristales en la casa. De mudanza eso sucede, y la vida lo trae consigo. Recuerdos que son como esos mismos cristales rotos, la ansiedad de la casa en momentos de enfermedad, dolor o muerte. Y todo eso está simbolizado, en mi mente y en mi memoria, por el punzante, despiadado sonido de los cristales al caer.

Añicos del tiempo, avisos de la tragedia que supone el fin de lo que se toca y es sólido y aún puede durar.

Espejismo brutal del accidente, la inesperada visita de las alarmas que ya no se pueden eludir.

El abrazo mortal del tiempo. Esos jarrones que nadie rompe, pero se rompieron. Amores terribles que fueron hermosos, desengaños y engaños, desventuras, ventanas por las que después entró el aire frío, y que antes fueron ventanas perfectas por las que mi madre miraba los atardeceres de las plataneras.

«Mira, Juanillo, he visto un pájaro con el pecho encarnadito encarnadito». Repetía el color de sus descubrimientos, como para fijarlo en el aire. Encarnadito. Ya no me pude olvidar del color tan definido de ese pájaro que yo mismo no vi nunca.

Ella retransmitía la realidad, yo la transformaba en visiones propias, y así anduvimos queriendo que la vida fuera digna de ser retransmitida.

Hasta que los ratones acompañaron todo eso hasta el territorio del olvido.

Mi madre era, aún, el territorio de la memoria que se iba haciendo.

Luego se fueron rompiendo cristales en las casas, poco a poco nos fuimos de todas partes, y se fue mi madre primero, antes se había ido mi abuelo, y se fue mi padre, y se fue mi querida hermana Carmela, y nos iremos todos, aquí no se queda ni Dios, siempre decíamos.

No quedaron tampoco aquellos cuentos.

Pero primero nos fuimos de las casas, nos mudamos, y con nosotros nos llevamos los cristales. Yo me llevé cristales de mi casa, los cristales que guardaban retratos viejos, mi madre jugando con sus primeros nietos, jugando conmigo mis hermanas, Candelaria, Carmela, Paco estaba en el taller haciendo tornillos, nosotros jugábamos todos en la calle cuando el tiempo aún no había empezado a des-